
VI

Cuando Pepe terminó el trabajo para que fué llamado, dejó de ir á casa de Don Luis: algo parecido al miedo le alejaba de allí. La última mañana que estuvo, se marchó aprovechando un momento en que no podían observarle. Preguntáronle sus padres si le habían pagado, y repuso:—“No estaba D. Luis; ya le veré en el Senado.” Lo cierto era que, como en casa del señor de Agreda quien satisfacía todo gasto era Paz, á Pepe le repugnó la idea de que fuese ella quien le pusiera en la mano el puñado de duros ofrecido por su padre. Por primera vez sentía brotar en el fondo del alma la soberbia: un mal impulso era precursor del más noble sentimiento; que así á veces, en el espíritu del hombre. como

en la vida de la Naturaleza, precede la sombra al esplendor del día.

Trascurrida una semana sin que Pepe volviese á la casa, Paz se acusó de ello, ya preocupada con aquella desaparición, y pensó en el *pobre muchacho* cual si fuese un amigo ofendido: se acordó también de que no le había pagado, pero no se le ocurría modo discreto de enviarle el dinero. ¿Por un criado? No acertaba á explicarse la causa, mas por nada del mundo se hubiera valido de tal medio. ¿Escribirle? Al imaginarlo, no fué temor de herirle lo que cruzó por su imaginación, sino algo como miedo vago, pudor mortificado por sí mismo.

Al fin no hizo nada, ni aun se atrevió á hablar á su padre; pero no dejó de pensar en ello, y hubo día en que, al cruzar por el cuarto de los libros, experimentó hastío y tristeza.

Poco á poco la luz se hizo en su alma. Sus oídos, hechos á la lisonja, no escucharon nunca frases que la turbaran; nada la hicieron sentir aquellos hombres que podían desearla como joya colocada al alcance de sus manos, y ahora ella ponía espontáneo y terco empeño en recordar los dichos más sencillos, las más insignificantes galanterías de

un pobrete; á quien aterraba un gasto de cinco mil reales. Aquello le parecía unas veces romántico hasta la ridiculez, otros ratos sentía ganas de llorar.

Una mañana de la primavera de 1872—ocho ó nueve meses antes de aquella cena en que los padres de Pepe hablaron de la próxima llegada de Tirso—estaban en San Pascual, de Recoletos, tocando á misa de once. El sol iluminaba el cesp ed de los j ardinillos, abri-llantado por la humedad y obscurecido   trechos por la sombra de las acacias, cuyo aroma embalsamaba el aire. Sobre el azul intenso del cielo destacaban las copas verdinegras de algunos pinos; el ramaje, entre morado y carminoso, de los árboles del amor, fingía detalles de fondo japon es, y de los recuadros encharcados se alzaba el olor penetrante de la tierra mojada. Los niños jugaban en el suelo, esmaltando la arena amarillenta con sus trajecitos de colores claros,   se caían llorando en las socavas de los árboles, mientras las niñeras reían en coro desverg enzas de algún lacayo. En los bancos, y cada cual con su periódico en la mano, había algunos señores viejos, tipos de militares retirados, de ancianos  chacosos que, sacudiendo el entumeci-

miento del invierno, salían en busca de un rayo de sol tibio. En el aguaducho, cargado de vasos, descollaban el fanal de los azucarillos y la botija con espita, tras cuya gruesa panza se ocultaban el tarro de las guindas y la bandeja de los bollos, en tanto que la aguadora, dando conversación   un guarda, fregaba en el lebrillo las cucharillas de lat n. Por el centro del paseo circulaban rápidamente  gunos carruajes de caballos briosos y, siguiendo la línea de las sillas de hierro, se veían parados unos cuantos simones con el jamego caído el cuello y el cochero tumbado en el pescante delectreando *El Cencerro*. Al otro lado, los tranvías corrían sobre los rails, obstruidos por carros y camiones, que sus conductores apartaban de la vía renegando al oir el pito de los mayores, y por la larga acera de piedra, en silencio, paso   paso, de arriba   bajo, se aburría autoritariamente la pareja de guardias de orden público, entonces llamados *amarillos*, sin otro consuelo que echar miradas subversivas   las criadas de buen ver. De las calles vecinas iban llegando recién peinadas y coquetas las señoritas deseosas de que el novio se hiciera el encontradizo, las niñas  vidas de jugar y las mamás cargadas

de devocionarios sujetos con gomas encarnadas. Unas caminan de prisa con la ligereza de la impaciencia, otras cansadas con la gordura de los años; luciendo, según su gusto, primores de elegancia, arreglos de taller casero, rarezas del capricho, exageraciones de la moda, algunas calculada sencillez y todas empeño de agradar. A la misma puerta del templo parábase de cuando en cuando una berlina blasonada, y lentamente se apeaba de ella una dama; cuanto más poderosa menos engalanada, mostrando en los ojos la soñolencia que deja el trasnochar, y en el rostro marchito las huellas ardorosas de la atmósfera de las fiestas. A pasitos rápidos y cortos, inclinado el cuerpo hacia la tierra, con la cabeza baja y la conciencia temerosa del retraso, venían pegadas á las fachadas de las casas las viejecillas de zapatos de cabra y mantón negro, y adelantándose á ellas iban las muchachas devotas que, como ignorando el poder de la juventud, piden incesantemente al cielo dichas que puede darles el mundo. La campana seguía llamándolas con su tañer monótono, y todas entraban como manada al redil: feas, bonitas, ricas, miserables, virtuosas, perdidas, santas, pecadoras, madres, cortesanas, vesta-

les del hogar ó sacerdotisas del amor, todas, codeándose, juntas, desaparecían sorbidas por la puerta de la iglesia, levantando al entrar un cortinón más pesado que una losa y dejando entrever rápidamente una atmósfera cargada, sucia, humosa y salpicada por el resplandor amarillo de las velas.

Durante toda la mañana se estaba renovando aquel público, femenino en su mayoría, y la puerta seguía tragando mujeres para arrojarlas luego á la calle pasados veinte ó treinta minutos, al cabo de los cuales se las veía salir abriendo las sombrillas ó desplegando abanicos, porque la luz del sol las ofendía, acostumbrada ya su retina á la obscuridad de la sagrada cueva.

También entraban algunos hombres; pero el mayor número de ellos permanecía en los jardinillos formando corros, comentando noticias del día acabadas de leer en los periódicos que los vendedores voceaban en torno suyo con los *últimos partes del Norte*. Hacia la calle de Alcalá se oía el cascabeleo de los ómnibus que iban al apartado de los toros, y andando despacito por el paseo, inundado de sol, venía el borriquillo con sus serones llenos de macetas, escuchándose gritar de rato en

rato al mocetón que lo guiaba: *el tíestóo de claaeves doobles*. . . . Quien se acercase á los corros podía oír fragmentos de conversaciones y notar, tal vez, que algunos de los que hasta allí acompañaron á su mujer ó su hija defendían las ideas del siglo con palabras impregnadas de impiedad moderna.

—Las partidas van en aumento.

—Dicen que el Rey se marcha al ejército del Norte.

—Si esto no se sostiene, vamos derechos á Don Carlos.

—Pues crea vd que el fanatismo religioso nos envilece ante la Europa culta.

—Yo á quienes tengo miedo es á los republicanos. Vamos derechos á un noventa y tres espantoso.

—Todas las malas pasiones se han abierto camino.

—¡Hasta que se forme una liga de *los que tienen que perder!*

—¡Cada día un *meeting!* Estoy de manifestaciones pacíficas hasta por encima de los pelos.

—¡Calle vd., hombre, por Dios! Eso no es compatible con el gobierno. En tiempo de

Don Ramón y Don Leopoldo no había *mitins*. Esto se va.

—Pues yo creo que el Rey gana simpatías.

—¿Qué ha de ganar, hombre? ¿Si es extranjero?

—Está vd. en un error, señor mío: eso no significa nada. La historia demuestra que Carlos I y Felipe V eran también extranjeros.

De un grupo de señoras salían voces atipladas y chillonas: trataban de trapos, modas, chismes y criados.

—Chica, no sabe una que ponerse: este es del año pasado.

—Pues te sienta muy bien. Mira, mira, allí va la de Rodete. La otra tarde fué de las que estuvieron en la Castellana con mantilla blanca y peineta para hacer rabiar á los Reyes.

—¿Qué porquería! A mí la Reina me da lástima.

—Hija, ¿qué quieres? ¿como la de Rodete fué azafata de Doña Isabel! Pues yo he oído que los alfonsinos se mueven mucho:—Y la que esto decía miraba de reojo á un caballero que, sentado en una butaca de hierro, seguía con la vista al grupo de las damas.

Dos pollitas apartadas de sus mamás sostenían, haciendo dengues y mohines, un diálogo muy vivo.

--¿No entráis?

--Nó: el padre Enrique dice la misa muy despacio. Además, quiero dar tiempo á que llegue ese. Mamá le deja ya entrar en casa. Está el pobre muchacho que bebe los vientos.

--¿Y el tuyo?

--Este Junio acaba.

--Hija, lo mismo decías hace un año. ¡La carrera que tenga ese!....

--Pues á mí me gustaj. Está más cariñoso!

--Chica, con esos trajes de rayas parecen zebras.

--Adiós, que se va mamá con las de Zangolotino!

--Abur, remononísima.

Los *sietemesinos*, echando humo por la boca y luciendo americanas del verano anterior, parodiaban á Don Juan Tenorio.

--Te digo que esa señora no es la tal señora, y me han dicho que *torea*.

--Vamos, chico, ¡qué te calles! Yo la he seguido dos tardes, y ni siquiera me ha mirado.

--Pues me consta que va á citas.

--¡Sí! Las ganas.

--Ya salen ... adiós.

La campana sonaba con más fuerza: los mendigos de la puerta del templo entristecían la voz cuanto les era posible; las amas de cría comenzaban á desfilas como burras de leche; las señoras entraban ó salían de la iglesia, lanzándose miradas envidiosas; el calor arreciaba, y el paseo se iba quedando poco menos que desierto, oyéndose por la acera de piedra el firme taconear de las muchachas que pasaban, medio ocultas por las anchas sombrillas de colores chillones, mientras las madres llamaban á los niños, que corrían como perrillos jugando á las mulas ó se detenían á mirar las estampas que veían al paso en manos de los vendedores de periódicos. Lentamente se fué marchando todo el mundo, y la campana cesó de tocar: sólo quedaron allí el estanquero, sentado junto á su cajón, la mujer del aguaducho volcando sobre un plato muy cóncavo el puchero del cocido que acababa de traerla un chico, y la pareja de *amarillos* que, paseo arriba paseo abajo, llegaba desde la Cibeles hasta la Casa de Moneda.

Al mismo tiempo que el sacristán, con su

manejo de llaves y su sotana manchada de cera, salió á cerrar la puerta del templo, salieron también dos señoras: una, modestamente vestida de negro, canoso el pelo, rugoso el rostro, con aspecto de dueña modernizada, mitones de encaje y zapatos de rusel; la segunda, elegantísimamente puesta y en extremo sencilla, sin adornos ni joyas. Eran Paz y su aya.

—No ha venido el coche— dijo aquélla.— Vamos á sentarnos un rato, que ya no tardará.— Y se puso á hacer dibujos en la arena con el palo de la sombrilla.

La vieja miraba al aire, como quien piensa en las musarañas. La fuerza del sol iba en aumento; las sombras de las acacias dibujaban ya enérgicamente en el suelo contornos muy negros, y por los jardinillos no pasaba sino algún transeunte aguijoneado por la esperanza del almuerzo, ó algún señor viejo arrastrando penosamente los pies sobre la arena. La aguadora estaba saboreando su frugal comida, y el estanquero dormitaba echado de bruces sobre la piedra de probar la moneda. De repente llegó el coche de Paz y se detuvo junto al paseo ancho.

—Vámonos— dijo ésta viendo tirarse al lacayo del pescante.

Al poner Paz el pie en el estribo se volvió de pronto para fijarse en el traje de una señora que pasaba, y notó que, á pocos pasos de ella, iba un hombre; Pepe. La niña vaciló un instante: su primer impulso fué llamarle, pero sintió en el rostro una oleada de calor y, avergonzada de su propia idea, tomó asiento junto á la vieja. Entonces la vió Pepe y se quitó el sombrero: ella le saludó con una inclinación de cabeza, dando á su mirada cierta expresión de afectuosa confianza, y después, durante unos segundos, se quedó inclinada hacia la ventanilla: Pepe permaneció inmóvil. Al arrancar los caballos tornó Paz á mirarle, y entonces, sin darse cuenta de ello, sus ojos se clavaron con tristeza en el muchacho, dejando luego caer los párpados lentamente, como si en aquella mirada pretendiera enviarle una expresión de simpatía y una queja. Pepe, que no se había movido aún, quedó suspenso, confuso, con la admiración que produce una impresión nunca sentida. No fué presuntuosidad de vanidoso la que se le entró al alma, ni vanagloria súbita de aventuras absurdas, sino una sorpresa grandísima.

¿De qué nacían aquellas muestras de agrado, comedidas, pero clarísimas? El instante de vacilación al subir al coche, y luego la mirada dulce y triste, ¿qué querían decir? Aquella expresión afectuosa impregnada de modestia, pero ostensible, ¿á qué obedecía? Quizá no fuese todo sino un poco de esa simpatía que, á modo de limosna dispensa el poderoso al miserable. El pesimismo, compañero eterno de la desgracia, le dijo que acertaba. ¿Qué otra cosa podía ser? Pero luego la imaginación venció á la cordura y el desvarío del pensamiento se sobrepuso á la mentida frialdad de que Pepe quiso hacer alarde ante sí propio. Su ánimo fué pasando rápidamente del mayor desaliento á la más caprichosa esperanza, y por fin, tras muchas alternativas de animación y desfallecimiento, temiendo que lo novelesco degenerase en ridículo, decidió no volver á poner nunca los pies en casa del señor de Agreda, ni á pasar jamás por Recoletos á las horas de misa.

Efectivamente... al otro día fué á Recoletos con el intento de *verla* sin que ella lo notase y, al divisar el coche, entró en la iglesia, quedándose en sombra, junto al mamparrón de ingreso. Un momento después entra-

ron Paz y el aya, confundidas en un grupo con otras mujeres: dejolas pasar, avanzó hasta colocarse en lugar propicio para poder mirarla á su sabor, sin ser visto.

La iglesia estaba envuelta en una semi-sombra gris y sucia: la luz caía de las altas ventanas de la cupulilla, ocultas por gruesas cortinas azules, no bastaba á esclarecer el ambiente. De rato en rato sonaban campanilazos, y otras veces el chocar de los cuartos dentro del cepillo que un monago presentaba á los fieles pidiendo, *para el culto de esta santa iglesiaaa*. Pepe sentía una zozobra inexplicable: cada dos minutos formaba resolución de irse; pero sus pies no se movían... De cuando en cuando el remover de las sillas producía un estrépito entrecortado y seco, tras el cual sólo se oía un ruido bajo y sordo, semejante al que producen las culebras arrastrándose entre hojarasca seca. Todo el mundo rezaba... El humo de los cirios y ese olor humano y acre de gente aglomerada en espacio cerrado, viciaban la atmósfera. Delante, y á la derecha del altar mayor, había otro portátil que sustentaba una Virgen de túnica blanca y manto azul, figurando salir de una gruta hecha, como peñas-

co de nacimiento, con corcho y cartón piedra. Este era el punto más luminoso del templo. Media docena de velas altas y delgadas, de pábilo muy fino, porque fuese mayor su duración, alumbraban á la santa imagen, que era de rostro añorado y yesoso, excepto en los pómulos, donde tenía fuertes rosetas carminosas.

Las manos, en que el artista se había esmerado, eran excesivamente pequeñas, y á lo largo del cuerpo caían los pliegues de la túnica, tallada en pliegues rectos, pero duros, mal imitados de las esculturas paganas. Pepe miraba alternativamente á Paz y á la Virgen. ¡Qué diferencia! La verdadera divinidad era aquélla. En sus ojos resplandecía toda la vida que faltaba en los de la imagen. ¡Qué hermosa era la obra de Dios! ¡Qué risible la labrada por el hombre!

Paz oía misa con recogimiento, volviendo tranquilamente las hojas del devocionario, que á veces dejaba sobre la falda, pero sin alardes de unción religiosa: su rostro no se entristecía con compunción exagerada, ni tenía ese lento parpadear que es á los ojos lo que el estertor á la respiración.

La misa pasó en un soplo; el cura volvió

hacia al sacristía, haciendo pausadas genuflexiones ante los altares. Y cuando Pepe quiso salir halló obstruida la puerta por un grupo de gente que se le había adelantado, obligándole á detenerse. Ellas dos se dirigieron también á la salida. La vija no le vió; iba pugnando porque no la estrujaran, sin preocuparse de otra cosa; pero Paz le sorprendió en el momento de levantar el sebo cortinón de la puerta. El, en cuanto puso el pie en la calle, se alejó algo, siguiendo la línea de la acera; ellas salieron en seguida, y la muchacha miró á derecha é izquierda, hasta que, al tropezar su vista con Pepe, le saludó turbada en el instante de subir al coche. Después, Pepe creyó notar que se levantaba la ventanilla trasera, y luego, igual que la vez pasada, vió á Paz sacar la cabeza para volver á decirle adiós con la mano.

El muchacho se fué á su casa como un loco. Al ir á tirar del cordón de la campanilla, tuvo que detenerse un momento y hacer propósito de que sus padres no le conocieran en el rostro que le ocurría algo extraordinario. Leo, cadía le dijo al verle entrar:

—¡Chico, vaya un capricho! ¡Te has puesto la mejor ropa que tienes para salir tan temprano.